

Carta de París

Adiós, querido Óscar

Gustavo Guerrero

Rubén Darío fue uno de los pocos latinoamericanos que tuvo la ocasión de conocerlo y de departir con él en el París de 1900 –la orgullosa ciudad de la Torre Eiffel y de la Gran Exposición Universal. Existen al menos dos versiones del encuentro: la primera es la del artículo «Purificaciones de la piedad», que apareció en *Peregrinaciones* (1901); la segunda, más tardía, obra en *La vida de Rubén Darío escrita por él mismo* (1915). Esta última es, sin lugar a duda, la más rica y detallada. Vale la pena citarla *in extenso*: «Había un bar en los grandes bulevares que se llamaba Calisaya. Carrillo y su amigo Ernesto Lajeunesse me presentaron allí a un caballero un tanto robusto, afeitado, con algo de abacial, muy fino de trato y que hablaba el francés con marcado acento de ultra mancha. Era el gran poeta desgraciado Oscar Wilde. Rara vez he encontrado una distinción mayor, una cultura más elegante y una urbanidad más gentil. Hacía poco que había salido de la prisión. Sus viejos amigos franceses que le habían adulado y mimado en tiempo de riqueza y de triunfo, no le hacían caso. Le quedaban apenas dos o tres fieles, de segundo orden. Él había cambiado hasta de nombre en el hotel donde vivía. Se llamaba con nombre balzaciano, Sebastián Melmoth. En Inglaterra le habían embargado todas sus obras. Vivía de la ayuda de algunos amigos de Londres. Por razones de salud, necesitó hacer un viaje a Italia, y con todo respeto, le ofreció el dinero necesario un *barman* de nombre John, que es una de las curiosidades que yo enseño cuando voy con algún amigo a la Bodega, que está en la calle de Rivoli, esquina a la de Castiglione».

El nicaragüense añade, en el artículo de *Peregrinaciones*, que Wilde no dejó de brillar esa tarde, tratando siempre «asuntos altos, ideas puras, cuestiones de belleza»; también nos dice que su vocabulario era «pintoresco, fino y sutil», y concluye que «parecía mentira que aquel gentleman absolutamente correcto fuese el predilecto de la Ignominia y el *revenant* de un infierno carcelario». Huelga señalar que nuestro poeta, como tantos otros interlocutores antes y después de la sonada condena, sucumbió a la magia de la conversación de Wilde. No en vano consigna, en dos ocasiones, el caro recuerdo de una palabra viva e inteligente, capaz de hacer olvidar la

horrída condición de un hombre acosado por la miseria, la enfermedad y el oprobio. Darío, que vuelve a París de un viaje por Italia a fines de noviembre, se enteró tarde de su muerte y no pudo asistir al entierro en el cementerio de Bagneux. No dudo que, de haber regresado a tiempo, habría estado allí, pues su admiración era sincera y tan honda como su identificación con el destino del maldito. «Su obra es de un mérito artístico eminente», escribe sin ambages, aunque luego, influido quizá por una lectura aún fresca de *The Ballad of Reading Gaol*, confiesa su clara preferencia por la poesía. Ignoro si pudo conocer, en verdad, los libros del ensayista o las piezas del dramaturgo —acaso vio la *Salomé* que tanto impresionó a Gómez Carrillo—; pero es indudable que, como el propio Dorian Gray, tenía en muy alta estima los *Émaux et Camées de Gautier* y era, pues, sensible al encanto parnasiano y simbolista de los sonetos de Wilde. Varias editoriales francesas, en un intento por reevaluar al poeta, los han puesto de nuevo en circulación durante este invierno del centenario. No creo, sin embargo, que se pueda ir muy lejos por ese camino: si es cierto que la poesía desempeñó un papel decisivo en la trayectoria creadora de Wilde —es su comienzo y su fin—, no lo es menos que la impronta de Gautier, Baudelaire, Keats y Shelley es demasiado visible como para que pueda hablarse de una obra realmente singular.

Otro gran admirador latinoamericano del escritor nos ofrece, a mi ver, una apreciación más ajustada de su posteridad. Jorge Luis Borges escribió, en una página de *Otras inquisiciones*, que Wilde «fue mucho más que un Moréas irlandés». Para el argentino, que solía frecuentar el famoso hotel de la rue des Beaux Arts —y tanto es así que hoy dos placas recuerdan que allí murió Wilde y vivió Borges—, lo esencial es la preclara visión del ensayista: «*The Soul of Man under Socialism* no sólo es elocuente; también es justo. Las notas misceláneas que prodigó en la *Pall Mall Gazette* y en el *Speaker* abundan en perspicuas observaciones que exceden las mejores posibilidades de Leslie Stephen o de Saintsbury. Wilde ha sido acusado de ejercer una suerte de arte combinatoria, a lo Raimundo Lulio; ello es aplicable, tal vez, a algunas de sus bromas (‘uno de esos rostros británicos que, vistos una vez, siempre se olvidan’), pero no al dictamen de que la música nos revela un pasado desconocido y acaso real (*The Critic as an Artist*) o aquel de que todos los hombres matan la cosa que aman (*The Ballad of Reading Gaol*) o aquel otro de que arrepentirse es un acto que modifica el pasado (*De Profundis*) o a aquel, no indigno de León Bloy o de Swendeborg, de que no hay hombre que no sea, en cada momento, lo que ha sido y lo que será». Al *dandy*, al esteta y al mundano, Borges quiso oponer así la figura del pensador hondo y perspicaz; pero, por desgracia, no cayó en la cuenta de que ambos, el de las *boutades* y el de las luminosas sentencias,

eran en el fondo la misma persona literaria –no *Doctor Jekyll and Mr. Hyde* sino, digamos, «Wilde y yo». Y es que basta hojear la colección de dichos y aforismos recientemente editada en francés bajo el título de *Cher Oscar* –otro de los eventos del centenario– para comprobar que la agudeza de muchas frases es inseparable de la levedad con que se enuncian en un tono afectado –o *very matter of fact*– que rompe con la severa tradición moralista. Borges no lo percibe en su afán por rescatar al ensayista, aunque sí retiene, como muestra la cita, las máximas sobre la identidad, el tiempo y la memoria que sin duda inspiraron muchos de sus juegos conceptuales y que acaso trató de imitar en más de una ocasión.

Héctor Bianciotti es, por el momento, el último representante de este linaje formado por los admiradores latinoamericanos de Wilde. Hace apenas unas semanas, en un artículo conmemorativo publicado en *Le Monde de Livres*, el novelista afirmaba que la posteridad del escritor reposa hoy en su labor crítica. Según él, no fue Eliot –ni, añadido, Valéry ni Borges– quien concibió la idea de que una gran obra puede modificar nuestra perspectiva del pasado y de que la historia literaria es, por ende, una permanente reescritura. El origen de estos postulados, que nos dicen que ningún autor puede ser apreciado aisladamente, hay que buscarlo en el Wilde de las notas literarias y de *The Critic as an Artist*. Ciertamente, sus comentarios iluminadores sobre los vínculos entre creación, crítica y tradición nutren secretamente las principales corrientes del pensamiento literario moderno y anuncian además, con sobrada anticipación, nuestro tiempo poshistoricista. Cien años después de su muerte, Wilde parece seguir así presente entre nosotros, pues, en más de un sentido, nos despedimos de un siglo que él no vio pero que sí supo prever: un siglo de pasiones críticas y, sobre todo, de críticas de las filosofías de la historia.

Aunque también prefiero al ensayista, creo que su posteridad no está ligada hoy a un género o a una obra determinada sino al extraño brillo de la inteligencia que recorre sus escritos y que, dispersándose, no cesa de deslumbrarnos. Como a los grandes clásicos, decirle adiós es decirle siempre hasta luego. Volvemos a leer sus libros y a evocar su tragedia con la convicción de que en ellos hay algo que se nos escapa, algo que aún no hemos entendido. ¿No fue su caso, como el de Dreyfus, el aviso de otras persecuciones por venir? ¿No fue su soledad última una suerte de primera *trahison des clercs* –la vergüenza de los poetas, como recuerda Darío? Sí, también en el terreno de las atormentadas relaciones entre el poder y la literatura, el ejemplo de Wilde atraviesa el siglo que se nos fue. No es improbable que, en el que llega, el hombre y la obra sigan formulando, a través del tiempo, su lúcido desafío y su inquietante advertencia.

LECTURAS

